

El amor eje del hom- bre

Eduardo López Aspíarte S. I.



TENDRIAMOS que retroceder hasta la mañana clara y luminosa de la creación para darnos cuenta de la belleza del mundo y del hombre, cuando nacieron de las manos del Señor. Era todo limpio, transparente, como una cascada inmensa que saltara del corazón de Dios. Su amor latía en cada

recodo de su obra. Pero Dios se había reflejado con un acento especial en el hombre, esa criatura pequeña, minúscula. En adelante, no podría ya renunciar, sin renegar de su existencia, a ese amor que lo continúa y que quedaba para siempre encerrado en lo más íntimo de su ser.

Tuvo que venir el pecado para romper esa suave armonía de las cosas y del hombre. Sobre el mundo se instaló un nuevo reino; el reino del caos y de la muerte, que pretendía borrar esa teofanía de la creación. Dios ya no aparecía en el fondo cuando el hombre se asomaba a su alma. Y este alejamiento de Dios tuvo enormes consecuencias. Al cortar las fuerzas del amor que empujaban al hombre hacia los demás, se puso en contradicción consigo mismo. Frente al amor, que cálidamente lo constituía, se levantó el odio y el egoísmo.

Cada uno de nosotros lleva una historia a sus espaldas, que nos confirma esta realidad; la terrible realidad de nuestras luchas constantes, el equilibrio tenso de nuestros intereses egoístas, por un lado, y todo el peso del amor que sentimos, como un latido profundo, en los últimos rincones del alma. Como un rescoldo todavía tibio que calienta e ilumina.

Ante esta bidimensión de la conciencia humana cabría preguntarse: ¿Qué hay en el fondo del hombre: amor o egoísmo?

Egoísmo y amor términos contradictorios

No cabe duda que, bajo una primera impresión, amor y egoísmo parecen dos términos contradictorios; unas líneas paralelas sin posibilidad de mutuo acercamiento. En realidad, ha sido la dirección apuntada por una escuela de autores; es la dirección llamada, en la historia de la teología, concepción extática del amor (1).

(1) Cfr.: P. ROUSSELOT: *Pour l'histoire du problème de l'amour au Moyen Age*. Münster, 1908, p. 56-87. Modernamente G.

Para estos autores, entre amor y egoísmo no pueden darse puntos originariamente comunes. Todo amor supone una salida de sí, una violencia de nuestras propias tendencias naturales. El orden de la voluntad libre y del amor humano no podría canalizarse a través de nuestras inclinaciones instintivas. El amor verdadero brotaría en la otra ladera, más allá de lo natural y espontáneo. Como una potencia de generosidad, que no obra para su bien propio, que se dirige hacia el objeto amado porque lo encuentra reluciente de bondad. Lo amaría, aunque no hallase en él goce alguno. Cualquier otro movimiento, a estímulo de nuestras tendencias naturales, correría paralelo a esta corriente, sin que nunca pudiera sentir la cálida cercanía del verdadero amor. Entre amor y egoísmo habría verdadera contradicción (2).

Tal posición, que acentúa marcadamente las notas sobresalientes del auténtico amor, tiene, a nuestro parecer, un fondo de pesimismo que la ensombrece y difumina. El amor quedaría ciertamente desligado de toda raíz instintiva. Pero allá abajo, en el fondo del hombre, encontraríamos estancado todo el fango de pasiones y egoísmos que llevamos como castigo y maldición. El hombre sería un ser egoísta por naturaleza, sin que apenas quedara rastro de la imagen y semejanza de Dios (Gen. 126) (3).

GILLEMEN cree que es preferible llamar, con ROHMER, a esta concepción: teoría de la finalidad moral del amor, pues los autores que propugnan una dirección contraria a ésta hacen también del amor una salida, un éxtasis. Cfr.: *La primacía de la caridad en Teología Moral*. Bilbao, 1957, p. 184 y ss.

(2) Cfr.: J. ROHMER: *La finalit  morale chez les théologiens de Saint Augustin   Duns Scot*. Paris. 1939. En él se encuentran citas de muchos autores.

(3) Es interesante notar que una concepción de este tipo suele encontrarse generalmente entre los autores ascetas. En realidad, como afirma ROUSSELOT, o. c., p. 58, se trata más de una mentalidad que de una teoría, de acentuar un matiz que no podemos dejar al margen. Esta orientación intenta evitar más

El amor como tendencia instintiva

Podemos encontrar un punto de arranque diverso. El amor es el movimiento fundamental, una tendencia instintiva que nos hace buscar, de una manera necesaria, la felicidad. Tendemos hacia ella, de una manera implícita, en todos nuestros actos particulares. El amor, incluso el espiritual, quedaría de esta forma reducido al determinismo universal de los apetitos naturales (4). El egoísmo sería la fuente de todo posible amor, el primer eslabón de esa cadena, en cuyo extremo se encontraría la entrega generosa, desinteresada. No habría, por lo tanto, contradicción entre ambos. Al contrario, una verdadera continuidad.

En esta segunda concepción, elaborada más definitivamente por Santo Tomás, aparece una visión más amplia y esperanzadora. El pecado original, en efecto, ha doblado la dirección rectilínea del siquismo humano, orientado irresistiblemente hacia Dios. Esa fuerza de entrega, que baña las capas más profundas de nuestro ser, ha quedado aprisionada en el fondo. El egoísmo no es más que un amor mutilado, estacionado a mitad de camino, sin querer asomarse a las cumbres más bellas del amor. Una fuerza también que necesita rectificarse, según nuestras más íntimas exigencias. Porque el hombre lleva el amor en el fondo, como un recuerdo profundo que salvó en su caída. El hombre también es, como imagen de Dios, amor (5).

radicalmente cualquier posible engaño en nuestra entrega a Dios.. Al fin y al cabo, todo amor, como veremos después, es un olvido de sí para entrar en comunión con los demás. En ésto no pueden darse mayores diferencias.

(4) No se trata de un determinismo físico, como el de las leyes naturales, sino de una finalidad auténticamente moral, que no excluye la libertad. Cfr.: SERTILLANGES: *Le libre arbitre chez Saint Thomas et Henri Bergson*, La vie intellectuelle 49 (1937) 252-267.

(5) Cfr. un breve resumen en G. GILLEMANN: *La primacía de la caridad*, p. 158-184.

Decir que el hombre es amor tiene sus peligros. Nos hemos acostumbrado a jugar con la palabra, sin su concepto claro, definido. Porque hemos enturbiado todo su contenido transparente, hasta no saber distinguir lo que es amor y egoísmo.

La vida trinitaria de Dios

Hablábamos antes del hombre como de una epifanía de Dios sobre la tierra. Cuando S. Juan quiso definir a Dios, no encontró otra palabra más exacta que la caridad: Dios es Amor (I Jn. 48). Y si el amor del que estamos constituídos es participación del Amor, tendríamos que subir hasta arriba, hasta la misma fuente en que nace, para poderlo contemplar en toda su plenitud.

Precisamente este ser Dios-Amor nos adentra en el misterio de su vida trinitaria. En El no existe esa soledad que cree descubrir nuestra razón, cuando buscamos la causa primera y única de todo el universo. La vida divina es una sociedad de personas, un intercambio continuo de amor, como un mar infinito en continuo movimiento (6).

El Padre se caracteriza por cuanto entrega al Hijo todo lo que su Ser tiene en hondura e inmensidad. Tan extático está por el gozo de darse, que vive y se abre totalmente para eso, para ser el Dador. El Hijo nace precisamente porque, desde la eternidad, superando toda medida de tiempo, el Padre le comunica su propia y única naturaleza. De esta tensión infinita de amor que fluye y refluye del Padre al

(6) Considerar este misterio como una humillación de nuestra inteligencia, como barrera que impidiese la entrada en el conocimiento de lo divino, es quitar todo el peso de amor y benevolencia que Dios ha puesto en la Revelación. Ella nos ha sido dada como un depósito de verdades, capaces de producir resonancia en nuestra alma. Y la Trinidad, como centro de todo, no podría servir para menos. Aquí encontramos también el concepto más definido y exacto de lo que es el amor.

Hijo y del Hijo al Padre, como una ola gigantesca, procede el Espíritu, la prenda y señal de una mutua unidad entrañable, cálida, misteriosa. "La plenitud rebotante de amor" que afirmaba San Juan Damasceno (7).

Todo esto nos indica que en la vida trinitaria es imposible, bajo ningún punto de vista, el egoísmo. El Padre no se puede amar a sí, sin amar necesariamente, con el mismo acto infinito, al Hijo y al Espíritu. Porque todo su ser, su naturaleza, su esencia, no su Persona (8), pertenecen por igual, con perfecta identidad, a todos los que forman la "comunidad" divina. Así la vida íntima de Dios nos aparece como un remanso de eternidad inmensamente beatífica, donde el amor es el eje y la plenitud (9).

No es posible una comunión más completa. Cuanto hay de absoluto, de plenitud, de perfección se haya en las tres Personas. Lo *exclusivo* de cada una no es más que el elemento relativo. Lo indispensable para que dentro de esa perfecta unidad pueda ser factible el abrazo de amor, que requiere pluralidad de personas.

El hombre imagen de la Trinidad

Dios está allá en lo alto, por encima de cualquier realidad creada. Cuando llegamos al hombre, después de una distancia infinita, nos queda todavía en el corazón un pedazo de calor, minúsculo, insignificante; pero que ha nacido de la llama que sostiene la vida divina. Precisamente a través de esa luz, que se filtra en el amor humano, podemos vislumbrar lejanamente lo que tiene que ser el Amor en su nacimiento.

(7) *De fide orthodoxa*, I, 12.

(8) Aunque el elemento diferencial de cada Persona divina no se encuentra en las otras dos, sin embargo la *perfección* que ese elemento supone, por la cual se distinguen en una sola naturaleza tres personas, no se haya ausente de ninguna.

(9) Cfr.: M. T. PENIDO: *Gloses sur la procession d'amour dans la Trinité*. Ephem. theol. Iovan. 14 (1937) 33-68.

Porque en el fondo del hombre podemos encontrar un rebervero de Dios, de esa vida que brota en el círculo trinitario (10). Frente a tantas diferencias que nos separan, también aquí podemos encontrar una semejanza singular. Nuestro amor tiene que ser un reflejo del de Dios.

Por nuestra sicología, sin embargo, tropezamos con una dificultad especial. Mientras tenga que caminar por esta tierra el hombre, indigente y mendigo perpetuo, tiene que llevar arrastrando, junto a su amor incluso el más espiritual, todo el peso de egoísmo desordenado que le colgó el pecado. En realidad, nuestra voluntad sólo siente el estímulo ante un bien que le atrae; algo que de cualquier forma *me* sirve, *me* ayuda, *me* enriquece. Lo que el hombre no puede captar a través de ese prisma personal, subjetivo queda tangencial a la esfera de sus intereses; no representa ningún valor que emocione cálidamente su facultad. Estas manifestaciones, cuya realidad palpamos en nuestras conciencias, parecen cerrar toda esperanza a un amor desinteresado. ¿Cómo superar esta primera etapa egoísta?

Pudiera decirse que amar equivale a abandonar ese yo cerrado, del que nos revestimos instintivamente como de una coraza aisladora, para hallar ese yo comunitario en el que se entrecruzan todas las relaciones con las que el hombre se encuentra ligado. Es un primer camino que hay que recorrer. Hasta que podamos encontrar con Dios y con los hombres en El una unidad tan profunda, que excluya también, como en la Trinidad, todo amor egoísta. Único medio de superar el dualismo del yo y del otro, de hacer que el amor interesado se convierta en verdadero amor de amistad (11). De ahí, que el amor sea

(10) STO. TOMAS: *Suma Teológica*, I q. 35, a. 2. G. SALET: *Le mystère de la charité divine*. Rev. scienc. relig. 28 (1938) 22 y ss.

(11) Cuando el hombre queda limitado en su expansión de amor por una razón egoísta, suele llamarse su tendencia, su apetito (*appe-*

ante todo para Santo Tomás una comunión personal, un acto por el que se asocia el prójimo a sí mismo y se desea al grupo, a la comunidad una idéntica felicidad. Toda la tendencia consistirá en adelante en no tener un yo exclusivo, en no poderse amar sin que con ese mismo acto de amor ame y se entregue a su prójimo (12). Basta para ello tomar conciencia de ese bien común que nos enlaza con Dios y con los hombres.

Dios en el centro del hombre

Es una verdad mayúscula, redonda. Y no podemos esquivar todas las consecuencias que se derivan de ella. Porque la nada envolvería de nuevo en silencio todo nuestro ser, hasta la más mínima partícula de existencia que quisiéramos desligar de Dios. Estamos brotando continuamente de su amor, como de una fuente. Cualquiera de nuestras operaciones, de nuestras actividades alcanza su existencia y permanece en ella por el impulso de Dios que la sostiene cariñosamente.

Y no sólo nuestra existencia y conservación. Nuestra misma posibilidad de salir de la nada supone ya la existencia y el amor de Dios. Nada encontraríamos *posible* si el que es origen de todos los seres no existiera, si su amor no le moviese a lanzar a la creación toda la gama infinita de perfecciones, en cuya plenitud existe El desde toda la eternidad.

El hombre, como todas las cosas, tiene que vivir sumergido en Dios. Hasta en los últimos rincones más profundos y escondidos la presencia divina se nos hace tan cercana, tan íntima que llega a penetrarnos más que nosotros

mismos. La comunión con El se vuelve de esta forma no sólo posible, sino necesaria, absolutamente imprescindible. Se trata, al fin y al cabo, de llenar toda la dimensión del hombre para que despliegue la posibilidad de su ser. Únicamente cuando nos entregamos a Dios podemos llenar ese vacío de exigencias y anhelos. Mientras el hombre no encuentra esa intimidad queda lacerado en sus ansias más profundas. Querer separarse de Dios es caminar de nuevo hacia la nada.

La revelación nos abre todavía una nueva dimensión. A donde el hombre nunca hubiera podido sospechar, porque trasciende toda capacidad humana. Después de todo resulta que hay algo más sublime, que nos hace más cercanos a Dios, de su misma familia. Es el misterio de nuestra elevación al orden sobrenatural. Dios nos hace partícipes de su misma naturaleza divina. Por encima de cualquier otra relación comenzamos a ser allegados de Dios, hijos del Padre, con toda la intimidad que supone. Dios nos concede que seamos, en cierta manera, El mismo, como un adelanto incipiente de lo que será la felicidad eterna, participación de la vida y de la felicidad propia de Dios (13).

Con ello queda apuntado cómo el hombre encuentra una esfera común con Dios. La posibilidad de amarle tanto o más que a sí mismo, porque forman una unidad inquebrantable que impide todo exclusivismo. Como en la Trinidad, donde ninguna persona puede amarse sin amar necesariamente a las otras dos. Dios en el fondo como sostén y vida del hombre.

En comunión con los hombres

No podemos dejar tampoco al margen la vinculación que a todos los hom-

tere, salida hacia) amor de concupiscencia. Tiene entonces hacia su objeto para asimilárselo y enriquecerse (repliegue egocéntrico) Cfr.: STO. TOMÁS, o. c. I^o II, q. 28, a. 3.

(12) Cfr.: L. B. GEIGER: *Le problème de l'amour chez Saint Thomas d'Aquin*. Mont-real, 1952.

(13) Cfr.: E. MERSCH: *La grace et les vertus theologales*. Nouv. Rev. Theol. 64 (1937) 804 y ss. J. MENDOZA: *Realidad del superhombre cristiano*. Proyección, 1958, 16, 4-10.

bres nos aprieta, que nos da la posibilidad de amarnos unos a otros como si fuéramos nosotros mismos.

Encontraríamos un primer plano, en el orden natural, de mutuas relaciones e interferencias. Dios, porque es la plenitud, guarda cabe si toda posible perfección. Es irrepetible, único. El hombre, encerrado en sus pequeñas dimensiones, no puede abarcar nada más que parcelas insignificantes de perfección. Puede repetirse en multitud de individuos semejantes, participaciones todas lejanas de la fuente primera del ser.

Y el hombre que se siente orientado necesariamente hacia Dios, comprende que existen otros muchos seres que, como él, participan de esa misma exigencia; se encuentra formando parte de ese espectáculo maravilloso: el eterno caminar de los hombres empujados por una necesidad de acercarse y asemejarse a Dios. No puede ya quererse a sí mismo solamente. Se encuentra asociado, en comunidad, con los que le rodean, como un peregrino más en esa marcha en busca de la felicidad, de la *nuestra*.

Más allá de toda consideración filosófica, se nos presenta de nuevo la Revelación. Su luz vuelve a descubrirnos realidades más altas, inaccesibles. Ser hijos de Dios arrastra consigo irremediablemente el hecho de nuestra fraternidad. Somos hermanos y con una vinculación mucho más entrañable que la puramente humana. Tan perfecta equivalencia se da entre ambos amores, que S. Juan repetía, con una lógica perfecta, que el que no ama a su hermano no es hijo de Dios (14). Y es que no podemos perder de vista que, por nuestra elevación sobrenatural, el amor suscita

la conciencia de un "nosotros" en el que el *yo* y el *tu* se complementan y fusionan en una misma finalidad y destino.

No deja de tener interés el hecho puesto de relieve por un gran sector de la psicología moderna. Un dato que viene a confirmar una antigua tradición cristiana. "El sometimiento realmente sentido de los propios valores egoístas a los valores del amor" (15), Precisamente como camino que se abre para la curación del enfermo. Por ello, se ha podido afirmar que la culpa verdadera de todo neurótico es la soberbia (16). Algo que constituya, al fin y al cabo, el obstáculo primario de todo amor.

La Cruz símbolo de nuestro amor

Tuvo que aparecer en el mundo el Amor hecho carne, para recordar a los hombres lo que somos. Por eso, el amor se convirtió, desde la Encarnación del Verbo, en el corazón entrañable de la vida humana. Un amor que no nacía como el eros griego, producto de la pobreza y soledad, ni buscaba volcarse a los demás para ponerlos al servicio de nuestro interés. Se alarga la mano para auxiliar, para hacer partícipe, para entregar, no para remediar nuestra indignidad.

Todo ello exige de nuestra parte un esfuerzo, que enderece las consecuencias del pecado. Y es que no podemos olvidar que el amor es también un sacrificio y que se alza en la Cruz, para el cristiano, como un símbolo y un mensaje.

(15) I. A. CARUSO: *Análisis síquico y síntesis existencial*. Barcelona, 1954, p. 132.

(16) Id. p. 61.

(17) Un estudio completo sobre el sentido de este amor cristiano en el Nuevo Testamento puede verse en C. SPICQ: *Agapé dans le Nouveau Testament*. 3 vol. París 1958-1959.

(14) Cfr.: I epístola de S. Juan.